

Migraciones y territorios pobres en la globalización: Nuevas territorialidades de la exclusión social en América Central

Abelardo Morales-Gamboa¹
FLACSO Costa Rica

Introducción

La visión convencionalmente aceptada resume a la pobreza como la expresión de carencias de bienes y de servicios que afectan a un conjunto de sujetos dentro de ámbitos territoriales convencionales. Pero dadas las consecuencias prácticas de ese enfoque, las divergencias entre esa concepción objetivista y lineal se agrandan cada vez más frente a otras visiones más integrales que proponen la redefinición del concepto, así como una revisión de las estrategias de intervención y de los resultados de los programas de acción (Stryker, 2001). Esa temática tiene matices nuevos y diferentes como resultado de las nuevas interacciones transnacionales sobre realidades territoriales en recomposición, de las nuevas relaciones entre lo global y lo local y de su impacto en la redefinición del peso del estado nación en la organización de la vida social. Esas nuevas manifestaciones, así como el desarrollo de nuevas aproximaciones conceptuales, señalan la importancia de prestar atención a la revisión de los enfoques y al cuestionamiento de las respuestas políticas derivadas de los mismos.

La pobreza ha sido identificada como una de las causas que limitan el desarrollo económico de las sociedades, que obstruyen su integración a las dinámicas económicas globales. Su vigilancia y medición se ha convertido en un imperativo de las políticas de los estados y de los organismos multilaterales. Los gobiernos se plantean, de su lado, metas en términos de reducciones porcentuales del número de personas pobres, según estándares establecidos a escala multilateral. Sin embargo, ese tipo de respuestas no están dirigidas, hasta el momento, a resolver las causas del fenómeno, sino a la reducción de sus manifestaciones. A pesar de ello, las políticas oficiales y los programas de los organismos internacionales mantienen un fuerte asidero en ese tipo de enfoques descriptivos, cuantitativos y a sus soluciones técnicas.

Los efectos de la transnacionalización sobre territorios, localidades y regiones, han puesto en evidencia la relatividad del concepto de pobreza, y con ello han permitido el cuestionamiento de sus mediciones en términos de ingresos; al mismo tiempo que inducen a su reconceptualización como una realidad social más compleja y al replanteamiento de metodologías de medición y de escenarios para el cumplimiento de los objetivos políticos propuestos a escala global y local.

La transferencia de recursos, bajo la ecuación “ingresos-pobreza” como ha sido hasta ahora, es una respuesta insuficiente. Esta no es coherente con una política de largo plazo, pues por el contrario pone el acento en acciones contingentes, y soslaya la dimensión política de los compromisos con los más pobres. Sobre ese punto Procacci (1999) a partir de las argumentaciones de Amartya Sen, señala que “es imposible explicar las consecuencias sociales de la pobreza si nos basamos para medirla en los

¹ Costarricense, investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO Costa Rica). Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Seminario “La pobreza como un reto a la ciudadanía y a la democracia en Latinoamérica y el Caribe” organizado por CLACSO/CROP en la Sede de la Universidad Centroamericana en Managua, Nicaragua, del 22 al 24 de noviembre de 2005.

datos de ingreso o de consumo” (p. 34). La pobreza, añade la autora, no se origina solamente en la exclusión social del bienestar material, sino también en otras formas de privación, muchas de las cuales se originan en la degradación que originan las estigmatizaciones impuestas socialmente sobre la condición de los pobres como la asignación de atributos negativos, por ejemplo la criminalidad, a conjuntos de población pobre. Precisamente Sen (2000), contrapone a la definición de pobreza como falta de ingresos la de la “privación de capacidades”. La falta de ingresos es un factor que puede explicar la privación de capacidades, pero no es suficiente; cultural e ideológicamente la pobreza es condenada como una amenaza. Por lo mismo, una política basada en la transferencia de ingresos o de recursos y no en el desarrollo de capacidades, es insuficiente porque no le permite a los individuos, ni a las familias, ni a las comunidades, superar el conjunto de las privaciones que, a su vez, se interponen como obstáculos para mejorar sus ingresos, incrementar sus oportunidades de desarrollo y para la creación de su propio bienestar, entre ellos obstáculos de carácter cultural.

La falta de ingresos no es la única forma de privación que padece buena parte del universo de los pobres; existen otras formas, relacionadas con necesidades más diversas que no pueden ser definidas con estándares globales y universales, sino que corresponden a particularidades históricas y sociales específicas. Las causas de esa pobreza tienen relación con problemas estructurales de empleo y de la calidad del empleo, y otros relacionados con la propia estima personal y social, así como con las posibilidades reales de mejoramiento de la calidad de vida, como la calificación de los recursos humanos de los cuales disponen las familias pobres.

Algunos esfuerzos encaminados a esa re-conceptualización han caído dentro de los parámetros de las “privaciones”, como lo demuestra Spicker (Gordon y Spicker, 1999) quien recoge interpretaciones del término alusivas a la carencia de algún tipo de bienes para resolver necesidades básicas. No obstante, los fenómenos asociados a la producción social de la pobreza son más complejos. El refinamiento de los instrumentos de medición y su “vigilancia epidemiológica”, muestra una preocupación por no quedarse de brazos cruzados. Pero ese intento no está resolviendo problemas que tienen relación directa con: a) la vaguedad del concepto (que ha sido rescatado por la tecnocracia multilateral y ha resultado cada vez más pobremente entendido por el análisis crítico) y, b) su tratamiento convencional como una cuestión técnica a la que se intentan respuestas propias de la mecánica de resolución de problemas como estrategia de acción. La dispersión sigue siendo tan amplia, como amplias y difusas siguen siendo las definiciones de pobreza.

De acuerdo con los enfoques constructivistas, la complejidad del concepto es resultado de la construcción social del fenómeno; en su conformación no solamente intervienen variables susceptibles de ser descritas y medidas bajo indicadores económicos, sino que también entran en juego un conjunto de dimensiones no mensurables o, al menos, no susceptibles de las formas de medición socio-económicas utilizadas en los estudios de pobreza. Como fenómeno complejo, es el resultado de una combinación de factores llamados objetivos, pero también de otros de carácter subjetivo. Llamar objetivos y subjetivos a unos y otros aspectos es en realidad un artificio, pero se identifica a los factores objetivos como aquellos que están relacionados a la estructura económica, social y política, que generan las condiciones materiales de la pobreza. Los aspectos subjetivos son todos aquellos relacionados con las formas de pensamiento y de representación cultural del mundo, incluido el mundo cultural de la pobreza; así como

con la emotividad y la sensibilidad colectiva; estas formas subjetivas son también el efecto de las condiciones culturales dentro de las cuales la pobreza es reproducida.

Las perspectivas y los referentes sobre la pobreza difieren entre actores, y ello se debe tanto a la distinción entre las formas de representación del fenómeno, como también a que los aspectos inter-subjetivos que intervienen en dicha representación tienen en su base una sensibilidad distinta a partir de las diferencias propias entre actores sociales. No obstante, de acuerdo con Rubinstein (2001), las condiciones de acción y, por ende, de representación de tales condiciones por parte de los actores sociales son entidades constituidas culturalmente. En tanto entidades culturales, las definiciones y construcciones metodológicas de la pobreza, redefinen también culturalmente las dimensiones de las llamadas privaciones, así como el marco de las opciones y de las oportunidades para resolverlas.

El desarrollo reciente de “metodologías participativas” y aproximaciones multidisciplinarias han permitido un inicial encuentro entre los enfoques técnicos, los académicos y el de los sujetos *pobres*; y como resultado de ello, el desarrollo de métodos de investigación cualitativos, aunados al mejoramiento de las bases de datos y de la calidad de los indicadores, está enriqueciendo el dispositivo de referentes para el estudio de este fenómeno y para el ensayo de políticas.² Los *sujetos pobres*, como actores centrales en esa construcción social, aleccionan sobre muchas otras maneras de otorgar significado a un conjunto más amplio de dimensiones, cuya identificación surge de la posición que ocupan en el escenario constitutivo de la pobreza. Esos significados son válidos, por lo tanto, para la interpretación más amplia e integral de la problemática, así como para la identificación de opciones, un poco más amplias que las que se puedan obtener de medición y la comparación.

Esto es en parte la temática a desarrollar en el siguiente apartado, a partir de la reflexión sobre las relaciones entre migración y pobreza. En lo que sigue trataremos específicamente la relación entre pobreza, desigualdad y su expresión territorializada bajo las nuevas dinámicas de la transnacionalización en Centroamérica. Dicho análisis se sustenta en las reflexiones sobre migración y pobreza recogidas del análisis de la localización de los territorios locales en las nuevas dinámicas de la producción de valor y la reproducción social. Primero, nos animamos a una reflexión general; posteriormente nos concentramos en la problemática específica de tres tipos de territorios: las zonas de expulsión de emigrantes, los espacios transfronterizos y, finalmente, los espacios urbanos, como territorios de residencia de inmigrantes pobres. Finalizamos el documento con algunas referencias particulares a la situación de las mujeres migrantes, y en último aspecto sobre la problemática de la desigualdad.³

Migración, territorio local y pobreza transnacionalizada.

En el ámbito del subglobalismo centroamericano surgen dinámicas vinculadas con la transnacionalización de los fenómenos sociales y la formación de nuevos espacios de manifestación de la pobreza. Los determinantes de ésta dejan de corresponder a los márgenes sociopolíticos de las sociedades nacionales, como unidades separadas entre sí,

² Sin embargo, como argumenta Spicker (2000), “la medición precisa no conduce al conocimiento de las causas; el conocimiento de las causas tampoco conlleva necesariamente a una prescripción de políticas viables; porque el camino que lleva a un problema no es el mismo que permite salir de él...”. p.3.

³ El artículo se basa en información sustentada en informaciones y resultados de investigación recogidos en tres documentos elaborados previamente o de manera simultánea con esta presentación y sobre la temática común: Morales (2001); Morales, 2003; Pérez y Morales (2004); Morales, 2004a, y Morales, 2004b, Morales, 2004c).

para dar origen a nuevos arreglos supra o subnacionales, donde la contradicción, la desigualdad y el conflicto se desenvuelven como locales y globales a la vez. Las nuevas expresiones de la pobreza son, en realidad, el resultado de condiciones de desigualdad propias de la formación de nuevos núcleos de acumulación transnacional, como la industria de la maquila, la agroexportación, el turismo y las migraciones externas, entre las más importantes.

Las causas de las migraciones en la región son múltiples y diversas. Se sabe entre ellas del papel de las confrontaciones políticas internas, de las crisis económicas y también de sus orígenes ambientales. Si bien se ha establecido una diferenciación funcional entre la migración voluntaria y las migraciones forzadas, cuando existen condiciones estructurales originadas en alguna de las tres situaciones anteriores, por más individual y voluntaria que pueda parecer la decisión, el acto de emigrar no está determinado por un afán egoísta sino por una necesidad de supervivencia, que puede ser tanto individual como colectiva. La dinámica de las migraciones a partir de la década de los noventa se explica como el efecto de la implantación de nuevas formas de acumulación de ganancias, de nuevos mecanismos de gobernabilidad de las relaciones entre la sociedad y el estado, y de nuevas estrategias de organización de la producción de valor y de reproducción social.

Uno de los ámbitos directamente impactados por esa reestructuración fueron los mercados laborales. Por una parte, hubo un cambio en la importancia doméstica del conjunto de las actividades económicas como generadoras de empleo, con la caída de los mercados formales del empleo público, de la agricultura formal y de la manufactura; la fuerza de trabajo regional se regionalizó y se comenzó a transnacionalizar para insertarse rápidamente en sectores dinámicos de la economía regional y de fuera de la región: agricultura de exportación, industria y sector servicios, principalmente. Eso dio peso a la dimensión laboral como la principal característica de los movimientos de población en los años noventa. Ese carácter de la migración intrarregional se entrelaza con otros tipos de corrientes migratorias que perfilan la naturaleza móvil de las poblaciones en Centroamérica.

En los escenarios de la región centroamericana es importante el efecto de la transnacionalización de los fenómenos sociales sobre las configuraciones espaciales de la pobreza. La condición de pobreza no es una situación natural de un territorio en particular, sino que es el resultado de las relaciones sociales y de producción que lo vinculan a ese con otros territorios. En el nuevo contexto global, esas interacciones no corresponden exclusivamente a los determinismos de las sociedades nacionales, como unidades separadas todas entre sí dentro de un sistema cada vez más interdependiente. La pobreza en el marco de la globalización, indica que, si bien ésta se ha estado ponderando bajo estándares uniformes de contabilidades nacionales, no se toman en cuenta nuevos arreglos territoriales donde se producen sus diversas manifestaciones.

Mientras la contabilidad de la pobreza se sigue haciendo dentro de bases de indicadores nacionales, los nuevos arreglos socio-territoriales plantean la exigencia de nuevas formas de entendimiento de este fenómeno en sus nuevas interacciones espaciales. Esos escenarios se han construido por el establecimiento de nuevas formas de relación social y de interdependencia a través de fronteras y de espacios transnacionales.⁴

⁴ Existe una amplia literatura sobre la configuración de nuevas dinámicas sociales en espacios transfronterizos o transnacionales; parte de la revisión bibliográfica sobre el tema se encuentra en Castro y Morales (2001).

Una manera de entender la naturaleza supra-nacional de la desigualdad fue intentada bajo el eje de las asimetrías entre el centro y la periferia. Las desigualdades entre esos dos espacios referenciales, es decir entre la sociedad central y la periférica, se derivaban justamente del carácter propio de la relación existente entre ellas y no de las condiciones o naturaleza interna de una y otra sociedad. Las teorías de la dependencia habrían abonado a la comprensión de las dificultades de un conjunto de países para lograr su desarrollo económico y para proporcionar el bienestar social a sus habitantes, cuando el desarrollo de tales países quedaba condicionado por el desarrollo y las condiciones estructurales de la relación con otros países antes los cuales aquellos estaban sometidos.

El que esa literatura social haya perdido fuerza no significa que las condiciones estructurales de esas relaciones globales invaliden un diagnóstico similar acerca de las desigualdades en el mundo global actual. Como señalaran los dependentistas, desde Prebisch hasta Samir Amín y Gunder Frank, el subdesarrollo es una condición generada por el propio desarrollo del capitalismo.

Aparte de las condiciones que generan pobreza en el plano sistémico, la conformación de nuevas entidades socioterritoriales va de la mano con el desarrollo, dentro y entre tales formaciones, de distintos mecanismos para la transferencia de riqueza de unas a otras, para la construcción de capacidades y para la formación de oportunidades. Los procesos de extracción de valor entre centro y periferia han tenido cambios, asociados a la formación de nuevas jerarquías de espacios, y esas jerarquías responden a las oportunidades, condiciones y decisiones vinculadas a la asignación de recursos, a la colocación de inversiones, y al desarrollo de la capacidad de gestión desde los territorios frente al sistema global. Según Taylor (1995) este proceso alude a la “creación y destrucción de lugares”, siguiendo una lógica del desarrollo de económico, social y cultural del capital global.

Un fenómeno que pone en evidencia la planetarización es la creación de espacios donde la pobreza se despega de una base territorial tradicional y se transnacionaliza. Entre tales espacios están las regiones transfronterizas, donde se produce un desbordamiento de las causas y de las manifestaciones estructurales de la pobreza desde los contextos locales y nacionales, hacia contextos regionales, binacionales y transnacionales. Como hemos señalado previamente, este fenómeno se origina en una nueva lógica de las desigualdades que traslada las contradicciones y formas de exclusión desde la arena local y nacional, hacia la transnacional (Morales, 1997). También cabe admitir que la globalización produce dinámicas mediante las cuales la contradicción pierde base territorial y se transnacionaliza, en consecuencia el conflicto local tiene a su vez un fuerte contenido global. Las fronteras son muchas veces el espacio de cruce de esas contradicciones entre uno y otro plano. Ese cruce está en gran medida condicionado por la notoriedad que asumen las migraciones, especialmente las laborales, como parte de los mecanismos de traslado de tales contradicciones entre dichos planos (Castro y Morales, 2001).

Pese a que el impacto más importante de las migraciones internacionales en Centroamérica ha sido comúnmente asociado con la emigración hacia Estados Unidos, existen otros procesos migratorios de importancia con variadas expresiones y consecuencias sobre las transformaciones socioespaciales de la región. Aparte de las

migraciones internas, cuya recurrencia es común a todos los países, importantes grupos de población engrosan las filas de migrantes que atraviesan las fronteras entre países vecinos. Eso explica hoy en día la relevancia de las fronteras como nuevos espacios de interrelación entre las dinámicas locales y las globales; también ejemplifica el fenómeno de la inserción de diversas localidades en el proceso del globalismo subregional, mediante su especialización en la exportación de mano de obra, bajo la expresión de los trabajadores migrantes. En los dos siguientes apartados vamos a ver esos dos fenómenos, iniciando con el análisis de la última temática: la dinámica de los territorios locales globalizados a partir de la migración laboral transfronteriza.

Migración, estrategias de sobrevivencia y transnacionalización del espacio local

La privación de capacidades en territorios deprimidos y con mercados de trabajo que no aseguran empleos adecuados y condiciones de bienestar, cuando coincide con la creación de oportunidades laborales en otros territorios, produce las migraciones. El efecto territorial que tienen las migraciones transnacionales se observa claramente en una división de las funciones entre espacios diferentes, por un lado, un espacio se especializa en la producción directa de valor, mientras que en el otro se asegura la reproducción de la fuerza de trabajo. Ambos espacios se conectan mediante la migración laboral que es la que asegura al primero la provisión de una fuerza laboral mediante diversos mecanismos de relevo. Es decir, las zonas de expulsión y las zonas de atracción son parte de una unidad en el proceso de producción a escala global y cumplen funciones complementarias entre sí: de un lado, se desarrollan las actividades o una parte de las actividades relacionadas con el empleo, por quienes dentro de los hogares y de las comunidades se articulan a las cadenas migratorias, y del otro, la reproducción social de esa fuerza laboral que, en el tanto en que prevalezcan las condiciones estructurales que originaron la emigración, aguardan el ciclo para el reemplazo de los actuales migrantes. Esa separación no es del todo rigurosa, en tanto entre ambos sitios se produce una interacción más amplia; el empleo y la reproducción pueden estar intercambiándose entre un lugar y otro como efecto de la dinamicidad que las migraciones logran producir entre espacios diversos.

La migración no solo es funcional para el aprovisionamiento de la fuerza de trabajo necesaria, barata y supernumeraria, sino también para abaratar los costos de su reproducción, y para separar las operaciones y los costos de la reproducción (vivienda, educación, salud, y otros servicios), de las obligaciones de las empresas contratantes o demandantes de esa mano de obra. Esa división es lo que justifica y explica la norma general de otorgamiento de una renta salarial menor a los trabajadores inmigrantes, que la obtenida por el resto de los trabajadores locales; además, de la negación de servicios sociales que sufren los inmigrantes en los países receptores.

Bajo esa dinámica global-local se explica el fenómeno de las migraciones laborales originadas en el territorio de León Norte en Nicaragua. La dinámica de la migración se explica a partir de las características y condiciones socio-productivas y socio-políticas del espacio local, pero también debido al tipo de relaciones que desde ese territorio se tejen con otros territorios, como parte de la formación de los circuitos migratorios.

Aunque León Norte no es una unidad política formal, está integrada por cuatro municipios del Departamento de León: El Sauce, Achuapa, El Jicaral y Santa Rosa del Peñón. Comprende una superficie de casi mil ochocientos kilómetros cuadrados.

Antiguamente, con San Nicolás, formaron el Distrito Norte del Departamento de León. Los municipios comparten una serie de características que los convierte en una micro-región emergente en Nicaragua, debido al activismo de sus municipalidades y organizaciones sociales.

La economía de esos municipios siempre ha dependido de la agricultura, la ganadería, el comercio y los servicios. Hasta los años ochenta fue una zona próspera. Pero a partir de la década siguiente, la crisis económica se ha manifestado sobre su población.

La economía local es muy diferente de otras economías más diversificadas del mismo país o de naciones vecinas.

Para analizar más específicamente esos aspectos vamos a repasar tres temas: a) recursos productivos y organización de los sistemas de producción, b) unidades de producción y características de los productores, c) Migración, maquila y fuentes de ingresos de las familias.

Recursos productivos y organización de los sistemas de producción

Para analizar las características del sistema productivo veremos dos situaciones: *primera*, el potencial de los suelos para la agricultura y la *segunda*, la organización de los sistemas de producción en cuanto al uso y desarrollo de los recursos.

En cuanto *al potencial de los suelos*, según el Plan Estratégico de los Municipios de León Norte, aprobado por las cuatro alcaldías, se identifican cuatro zonas denominadas “biofísicas”, de acuerdo con sus condiciones de suelo, altura, topografía y su potencial productivo. Esas zonas son descritas en el cuadro siguiente:

Cuadro 1
Caracterización de las zonas biofísicas y de su potencial

Tipos	Zonas	Características	Potencial
Serranías	Serranías de El Sauce Serranías de Santa Rosa	Relieves escarpados y alturas entre los 500 y 900 msnm. Suelos superficiales y temperaturas frescas y templadas, canicular benigna.	Bosque de conservación. Café bajo sombra. Cítricos. Frutales. Musáceas. Maderas finas y energéticas. Producción de granos con manejo agroforestal en pendientes bajas.
Lomeríos	Lomeríos de Achuapa Lomeríos de El Jicaral Lomeríos de El Sauce Lomeríos de Aserraderos	Se ubican en los 4 municipios. Topografía en pendiente de 10 al 50%. 200 a 500 msnm. Solamente en El Sauce y Achuapa se da un periodo canicular definido.	Vocación forestal y de especies energéticas. En El Sauce y Achuapa se presentan mejores condiciones climáticas para los cultivos anuales alimenticios en pequeñas incursiones de suelos con vocación agropecuaria y manejo agroforestal
Valles	Valle El Sauce Río Grande Valle de Achuapa	Son dos valles intramontanos que se localizan en los lomeríos de El Sauce y Achuapa. Suelos planos de uso agropecuario intensivo.	Uso óptimo para la agricultura intensiva de productos tradicionales y no tradicionales, y para la actividad pecuaria. Son las áreas de mayor aptitud para las actividades agrícolas y la ganadería de doble propósito.

Llanos	Llanuras de Sinecapa	Ubicados en las planicies de Malpaisillo, incluyen las áreas bajas y depresiones del Municipio de El Jicaral y en menor medida de El Sauce.	Posee las tierras de más alta productividad con relieve y fuentes de agua propicias para la agricultura bajo riego.
--------	----------------------	---	---

Fuente: Plan Estratégico de los Municipios de León Norte, abril 2003.

Pero la dedicación o uso real de los suelos no corresponde esa zonificación. Dos factores lo explican: *primero*, las áreas disponibles para la producción son escasas, y muchas tierras están dedicadas a la agricultura y a la ganadería; pero esos suelos no son adecuados para esas actividades y, *segundo*, hay un bajo aprovechamiento de las zonas con mayor potencial agrícola, por los bajos niveles de inversión, las malas condiciones de la infraestructura económica, así como el atraso en los sistemas de organización productiva.

Las tierras menos aptas para la agricultura están en las laderas y zonas montañosas y, aunque son buenas para la producción forestal no se utilizan para preservar el bosque. Es decir, no se aprovechan para promover el desarrollo sostenible y la conservación de los recursos de la zona.

En cuanto a la *organización de los sistemas de producción*, los municipios de León Norte disponen de un total de 43.482,62 hectáreas de suelos óptimos para la ganadería y agricultura. Es decir, poco más de una cuarta parte del territorio de la micro-región ofrece condiciones para esas dos actividades. Esas tierras se concentran en las llanuras, valles intermontanos y lomeríos con pendientes bajas, como lo muestra el cuadro a continuación:

Cuadro 2
Principales zonas biofísicas, extensión y ubicación por municipio

Zonas	Extensión	%	Ubicación
Valle El Sauce / Río Grande	18564,00	42.7	Municipio El Sauce
Valle de Achuapa	2373,00	5.6	Achuapa
Llanos de Sinecapa	22483,62	51.7	Malpaisillo
<i>Total</i>	<i>43482,62</i>	<i>100</i>	<i>León Norte</i>

Fuente: Plan Estratégico de los Municipios de León Norte, abril 2003.

La mayoría de productores, que a su vez son los más pobres, no dispone de terrenos en las áreas más fértiles, sino en las tierras altas, con más pendiente y con suelos más pobres, hacia donde se han tenido que desplazar para sembrar. El uso intensivo de los terrenos y el tipo de prácticas agrícolas, provocan un agotamiento acelerado - en un ciclo relativamente corto de dos o tres años - de la productividad de los suelos. Los territorios menos favorecidos por falta de suelos fértiles son Santa Rosa del Peñón y El Jicaral.

Otro recurso productivo es la fuerza de trabajo, integrada por una Población Económicamente Activa (PEA) de 30.061 trabajadores y trabajadoras. Pero, como el mercado laboral de esa región puede emplear a menos de la mitad de la población laboral, más de 16.500 trabajadores quedan sin empleo.

Cuadro 3
León Norte: Datos sobre Población, PEA y Desempleo

Municipio	Población (hab.)	P.E.A.	Desempleo	% desempleo / PEA
Achuapa	13.785	6.313		
El Jicaral	13.457	6.163		
El Sauce	26.827	13.404		
Santa Rosa del Peñón	9.129	4.181		
Total Sub-región	63.198	30.061	16.532	55

Fuente: Plan Estratégico de los Municipios de León Norte, abril 2003.

En Nicaragua no existen datos de empleo para los municipios, pero una tasa de desempleo del 55% como promedio podría considerarse como válida en ciertas épocas del año. Aunque las cifras de desempleo pudieran ser menos elevadas, sí es visible que el mercado de trabajo local no es capaz de darle trabajo a toda la población que está en capacidad de trabajar. Efectivamente, para enero del 2003, fecha en la que se aplicó una encuesta de hogares, en Achuapa se calculaba que el desempleo afectaba al 30% de personas en edad de trabajar. El desempleo se oculta gracias a que la gente emigra y por eso en las estadísticas, éste no aparece como es realmente.

Ese dato no estimaba otros problemas de empleo que se dan en la agricultura, como por ejemplo que la gente no labora de manera permanente durante toda la semana, o tiene que buscar más de un trabajo para sobrevivir. A lo primero se le llama sub-empleo y a lo segundo sobre-empleo.

El sector agrícola y ganadero proporcionan poco más de la cuarta parte de los empleos requeridos para mantener ocupada a la población laboral. Muchos trabajadores asalariados tienen grandes dificultades para conseguir trabajo, al menos durante cinco días a la semana. Según datos del Censo Nacional Agropecuario del 2001, más de la mitad de los puestos de trabajo creados entre 2000-2001 fueron en la agricultura. Pero la mayoría fueron temporales y solo el 20% permanentes.

La agroindustria para la transformación de la producción local, se centra en pocas plantas procesadoras para la exportación y el mercado nacional, y da trabajo a pocas personas. Los rubros de servicios y comercio complementan a la agricultura y la ganadería para generar empleo, pero los salarios son muy bajos, las jornadas son más largas y los trabajos también temporales. El trabajo en los servicios, es casi trabajo en oficios domésticos fuera del propio hogar, realizado por mujeres a quienes entonces le representa una doble jornada, es decir sobre-empleo, en su propio hogar y en la casa de sus patronos.

Unidades de producción y características de los productores.

La producción es para el autoconsumo, pues la agricultura se desarrolla en unidades pequeñas, y lo que se produce o se vende apenas alcanza para que la familia no se muera de hambre. El paisaje de estos municipios está dominado por fincas medianas y pequeñas, que son más de la mitad de todas la fincas de la zona.

De todas las fincas dedicadas a la producción solamente se utilizaba entre el 15 y el 20% del terreno; y casi la totalidad de las siembras fueron los granos básicos, maíz y frijol.

El número de cabezas de ganado o de otros animales de granja se considera más bien muy bajo en relación con las cantidades de terreno dedicadas a ello. Por otra parte, la ganadería extensiva en tierras que no son adecuadas para ella, ocasionan un empobrecimiento mayor de los suelos.

El complemento de la producción para el autoconsumo es la crianza de animales, básicamente de aves y cerdos que, en algunos casos, hace que la familia campesina pueda tener un ingreso en dinero por la venta doméstica de animales o productos, como huevos, carne, lácteos, etc. El resto de la actividad pecuaria se dedica al abastecimiento del mercado local con carne, leche, quesos y otros derivados.

La cantidad y variedad de empresas formales es muy limitada. Las que exportan productos no tradicionales y que tienen recursos económicos y tecnológicos más calificados están en El Jicaral y Malpaisillo. Estas aprovechan las tierras más productivas, en las llanuras de Sinecapa y de Sébaco, y tienen mejor acceso en vías de transporte, en comunicación y servicios. La única excepción es una empresa cooperativa, productora y exportadora de aceite de ajonjolí en Achuapa, que tiene un mercado asegurado en Europa para su producto. Pero, aun así, todos esos establecimientos tienen dificultades financieras, de mercado y de costos de producción, que amenazan su productividad y los empleos.

Cuadro 4
Establecimientos de Pequeña y Mediana Empresa Industrial, Agroindustrial, Artesanal y Comercial

Rubro	Achuapa	El Sauce	Santa Rosa	El Jicaral	Sub-Región
PYMES Industrial, Agroindustrial	5	11	1	6	23
Talleres Artesanales	30	43	19	13	105
Pulperías	100	70	27	8	205
Distribuidoras y venta de servicios	52	157	19	19	247
Total establecimientos	186	281	66	46	580

Fuente: Alcaldías Municipales y Plan Estratégico Municipal de León Norte.

Parte de la actividad económica no es agrícola, y depende del comercio, donde predomina el minorista dedicado a la venta de alimentos básicos, y pequeñas tiendas de ropa, medicamentos, licores, etc. Ese sistema incluye otras actividades de servicios desarrolladas por pequeños establecimientos informales, atendidos por el propietario o sus familiares.

Los establecimientos de pequeña y mediana industria son talleres pequeños que procesan y transforman pocas cantidades de materias primas de la agricultura y la ganadería. Estas plantas apenas procesan el 10% de la producción local. Básicamente son derivados de la leche de bovino, producción de salsas, miel de abeja, alimentos para ganado, trilladoras de arroz, minas y construcción.

Los talleres artesanales son empresas familiares, dedicadas a actividades diversas tales como la elaboración de tejas de barro para techo, luego mataderos de ganado,

elaboración de alimentos, sastrerías, talleres de reparación de calzado, herrerías, molinos, talleres de carpintería y talabarterías.

Se calcula que en el comercio, servicios y pequeña y mediana empresa, puedan trabajar unas 1.450 personas, con una media de 2.5 empleados por establecimiento. Sin embargo, la cantidad de empleos puede variar según las diferentes épocas del año. Por ejemplo, una de las principales actividades en el Municipio de Santa Rosa del Peñón es la minería, controlada por un solo concesionario que, en épocas de máxima producción, empleaba hasta 300 trabajadores. Pero con la baja de la producción, el empleo se ha reducido hasta 10 veces menos: de 30 a 45 trabajadores.

Los empleos formales son en los servicios, especialmente educación, salud y saneamiento, así como servicios municipales y organizaciones de desarrollo, donde podría haber 750 empleados en total. Aunque esos empleos son más estables, los salarios son bajos y los trabajadores buscan tareas adicionales en otras actividades para mejorar sus ingresos. Las malas condiciones laborales y de los servicios públicos producen en ellos frustración y desmotivación laboral.

El único recurso con el que las familias amplían sus capacidades inmediatas de respuesta a la pobreza es su fuerza de trabajo. Dadas esas condiciones, el sobre-empleo y la migración son la salida frente a la crisis.

En resumen, la red socio-productiva de esos municipios está basada en el sector agrícola y pecuario, pero no está integrada a los mercados y a otras actividades económicas, pues la mayoría de la producción se destina al autoconsumo. El potencial de recursos existentes no es aprovechado para aumentar la productividad, crear empleos y mejorar las condiciones de vida de la población.

La pequeña economía local y la debilidad de la capacidad empresarial son obstáculos para la producción y la comercialización de las cosechas, para el aumento de las inversiones y para mejorar la tecnología de las fincas y demás establecimientos productivos. Esas condiciones productivas, junto a los bajos niveles de instrucción y el analfabetismo, aumentan los obstáculos para el mejoramiento del capital humano local.

Migración, maquila y fuentes de ingresos de las familias

Hasta ahora las principales fuentes de ingresos de las familias han sido la agricultura y la ganadería, pero esa situación está cambiando. Así lo expresan las autoridades locales y otros observadores, quienes coinciden en señalar que, durante los últimos diez años, las familias han comenzado a depender cada vez menos de la agricultura para sobrevivir. La salida frente a esta situación han sido las migraciones, tanto dentro de Nicaragua como hacia otros países.

Esta situación no se puede apreciar bien en los datos oficiales disponibles que son de varios años atrás y no muestran la situación actual. Hasta 1996 la información estadística permitía saber que las familias obtenían la mitad de sus ingresos totales de la agricultura, una cuarta parte de la ganadería y la otra cuarta parte de otras actividades no agrícolas. Según esta información, la mayoría de las familias eran campesinas y los miembros de las familias se dedicaban casi solo a la agricultura, y no tenían que emigrar.

Todavía la agricultura sigue siendo la principal fuente de trabajo para las familias. Pero en poco menos de una década, muchos jóvenes, hombres y mujeres, han tenido que buscar empleo en actividades no agrícolas, como el comercio y los servicios personales. Un gran número de esos jóvenes han tenido que emigrar.

Diariamente, a temprana hora salen desde Santa Rosa del Peñón y desde El Jicaral, los autobuses que llevan a los trabajadores y trabajadoras de las maquilas. Esas plantas se ubican fuera de la micro-región, a unos 10 km de ambos centros poblacionales en el Valle de Sébaco en el municipio de Matagalpa. Unas 500 personas, muchos jóvenes de origen rural, son contratadas en esas actividades. Aún de madrugada, el autobús que va a Estelí, lleva a una buena cantidad de vendedoras y vendedores con bizcochos, cosa de horno, rosquillas, huevos y gallinas, para el mercado de aquella ciudad.

Mientras tanto, también en breve tiempo ha crecido la migración hacia Costa Rica. La cantidad de familias con algún pariente trabajando en ese país es sorprendente. Casi no hay comarca donde no nos hayamos encontrado alguien que nos contara que había estado en Costa Rica. Ni qué decir de los hogares que, para vivir diariamente, cuentan con el dinero que les envía regularmente su pariente en el exterior.

El Achuapa se calcula que poco más de la mitad de los hogares tenía un pariente en el exterior. Otros datos sobre emigración en municipios vecinos demostraban que casi una quinta parte de los hogares de Occidente dependen, para su subsistencia, de parientes trabajando en otro país.

En El Sauce, en 1998, el 29% de las familias urbanas tenían, al menos, un pariente fuera. Allí, la emigración es mayor en el campo que en la ciudad. También en ese municipio, la quinta parte de las familias dependían de las remesas.

Un cálculo hecho en Costa Rica, aunque sin poder detallar por municipio, estimaba que unos 6.000 trabajadores, hombres y mujeres, han emigrado desde León Norte. Esa cantidad de trabajadores es poco menos del total de personas que trabajan en la agricultura. Sin embargo, muchos productores se pasan temporadas en su finca y otras como migrantes bajo una modalidad de migración circular o temporal. En otras palabras, una quinta parte de los trabajadoras y trabajadores de León Norte son emigrantes. Lo que significa que uno de cada cinco emigran.

Pero también es importante considerar que el destino de los migrantes es diferente, según su condición. Así por ejemplo, a la Ciudad de León, la capital departamental, se van profesionales recién graduados que no encuentran empleo en los municipios, y otro tanto de ellos se van a Managua. A Costa Rica se va la mayoría que viene del campo, aunque también se van albañiles, mecánicos, maestros, amas de casa y profesionales. Los que tuvieron mas “suerte” se fueron a los Estados Unidos.

El proceso anteriormente descrito crea un marco condicionante para la reproducción de la pobreza asociado a la dinámica de la migración. Sin embargo, no se puede establecer una vinculación taxativa entre migración y pobreza. No es que del todo la migración no esté causada por la pobreza, pero el argumento no es tan simple, pues no es correcto establecer entre ambos factores una relación de causalidad. La carencia de empleos y de ingresos, tanto como la carencia de capacidades pueden propiciar flujos de emigración;

y del mismo modo, la emigración puede a su vez constituirse en un obstáculo para resolver una situación de pobreza. Pero ninguna es en sí la causa de la otra, sino que ambas tienen una causa común en la desigualdad que enfrentan los grupos pobres en la asignación de recursos y de capacidades, y en los obstáculos estructurales que se les presentan para aprovechar las oportunidades de cambio. Esa desigualdad entre grupos se reproduce también como desigualdad entre territorios que pueden ser países, regiones o localidades, inclusive entre bloques de países

Un escenario, a cuya formación contribuyen las migraciones, permite ver la conformación de situaciones propias de la pobreza por privación de capacidades que experimentan comunidades, familias e individuos, dentro espacios transnacionales distantes. Bajo esa expresión se entiende una situación en la cual los miembros de una misma comunidad o familia, insertada dentro de las dinámicas de la globalización, son afectados por carencias que no están localizadas en un territorio, sino que se distribuyen entre territorios distintos, entre esos territorios se reparten los miembros de comunidades y familias, como efecto de las migraciones laborales.

La pobreza, como fenómeno familiar, se reparte entre países o territorios, en la medida en que los miembros de un mismo hogar o comunidad experimentan las diversas formas de penuria y exclusión que son propias de aquellos espacios en donde se produce su expulsión, y ellos mismos, u otros miembros de su grupo, llegan a otros sitios donde se hacen acreedores de otras carencias y exclusiones.⁵ Estas se ven agravadas por manifestaciones diversas de rechazo social, por la segregación territorial y cultural, por el aislamiento y la falta de red social, y por el efecto emotivo de la soledad y del sentimiento de degradación y la pérdida de autoestima que experimentan muchos sujetos en esa dinámica.⁶

En estos contextos es más clara la relación entre la pobreza, entendida como privación material, y la pérdida de otras capacidades no materiales como pueden ser el soporte social de la red familiar o de los espacios de solidaridad intra-comunitarios; otras se sufren directamente por la degradación social que soportan quienes, además de pobres, quedan excluidos de las posibilidades para la satisfacción de sus necesidades materiales y de otras formas de bienestar. Esos individuos experimentan en su pobreza también el efecto de ser identificados como agentes extraños y emisarios de comportamientos culturales, de conductas individuales, y de otras tantas expresiones simbólicas amenazantes (Sandoval, 2002).

La pobreza en esos contextos sociales supeditados a la lógica de la transnacionalización social de la migración, corresponde a un fenómeno en cuya construcción no solo intervienen las lógicas de la privación material, sino una intersubjetividad que se realiza dentro de marcos territoriales nuevos, y que proporciona un nuevo marco referencial para otras privaciones y carencias. Entre estas últimas, la pérdida de un territorio de

⁵ Hace varios años la Revista Nueva Sociedad, dedicó su edición al análisis de las nuevas formas de exclusión cultural vinculadas a la migración (Nueva Sociedad, No. 127, (Sept.-Oct. 1993); desde entonces abunda la literatura sobre las formas de apartheid, relacionadas con lo que Bastide (1970), en su momento explicara como un conjunto de prejuicios basados en el color, pero no que no es otra cosa que el resultado de la imposición de divisiones económicas y culturales, muchas de ellas llevadas hasta las figuras jurídicas, entre grupos sociales como forma de legitimar un modo de producción y una forma de organización, social, cultural y política, bajo el dominio de un grupo económico, cultural y "racial".

⁶ La vida del emigrante es muchas veces una vida de privación, inclusive de privaciones afectivas. Las estrategias de compensación de esas privaciones son diversas, pero una de ellas es la compensación heroica que tiende invisibilizar ante los suyos el sacrificio y hacerse aparecer como triunfadores.

identidad, separaciones que perturban la afectividad y que producen una vulnerabilidad emocional por la pérdida de importantes referentes afectivos y simbólicos. Esa pérdida de referentes y valores emotivos no solo la padecen quienes emigran, sino también quienes, no aún no siendo emigrantes, se convierten en las víctimas pasivas de esas formas de exclusión ampliada a escala transnacional.

Para completar esa interacción, es importante analizar el papel de los espacios fronterizos y transfronterizos en la organización de sistemas de interacción migratoria, en este caso entre países vecinos, como lo hemos analizado en la región centroamericana.

La migración en la formación de espacios transfronterizos.

Las zonas de producción agrícola se han caracterizado, en Centroamérica, por estar dentro de los territorios que participan en la interdependencia migratoria y la formación de los mercados de trabajo regionalizados y transnacionalizados. Ese fenómeno no es completamente nuevo, sino que apareció asociado en Centroamérica en los años cuarenta y cincuenta, como una extensión de las migraciones internas hacia zonas de frontera agrícola y de plantación agroindustrial (CSUCA, 1978; Castillo y Palma, 1999; Morales, 2003).

Lo nuevo de las zonas de producción agrícola está siendo su transformación de economías primarias de agroexportación y subsistencia, hacia la localización de “clusters” de producción agroindustrial. Esas economías primarias se basan en mercados de trabajo que requieren una fuerza laboral itinerante para empleos de naturaleza estacional y que han funcionado bajo lógicas de desregulación laboral, a las que contribuye el arribo de trabajadores indocumentados. El funcionamiento de tales espacios, en su vinculación con la formación de mercados de trabajo de inmigrantes, ha sido manifiestamente visible en Costa Rica, Guatemala, Belice y los estados fronterizos de México con Guatemala.⁷

De acuerdo con ese contexto, Costa Rica es uno de los territorios que experimenta los efectos de esa nueva interacción migratoria espacial. Los inmigrantes se distribuyen y asientan de maneras distintas entre regiones del país. El grupo más numeroso de los inmigrantes, que son los nicaragüenses se distribuyen mayoritariamente en tres regiones: la Región Central, la Huetar Atlántica y la Huetar Norte. Los otros grupos, colombianos y panameños, se localizan en regiones específicas: los colombianos en la región central y en la zona caribeña de la región Atlántica, mientras que los panameños acentúan su presencia sobre los municipios fronterizos de la provincia de Puntarenas y de Limón, en las costas del Pacífico Sur y del Caribe respectivamente, fronteras con Panamá. La lógica de distribución de esa población corresponde a la localización de las actividades económicas que captan su fuerza de trabajo: agricultura de exportación, plantas agroindustriales, comercio y servicios, e industria de la construcción, principalmente.

Hay tres actividades que permiten la conexión de este sistema económico con la economía global: 1) la agricultura de exportación; b) el turismo; c) la formación de mercados de trabajo de inmigrantes.

⁷ El análisis de algunas dimensiones de esta problemática ha sido propuesto en por Morales (2003).

El espacio transfronterizo tico nicaragüense es un segmento clave en el encadenamiento de cada una de las economías locales, tanto como de las nacionales y de la región centroamericana a la economía global. En particular estos territorios presentan algunas dinámicas que darían pie a la formulación de la hipótesis acerca de la formación de una región binacional orientada hacia el establecimiento de “transborder clusters” (Dicken, 2003). Estos se distinguen de otro tipo de regiones vinculadas a la globalización por ser espacios de aglomeración de actividades económicas y que cruzan o integran territorios transfronterizos, que marcan la colindancia de mercados y sistemas políticos con características distintas, lo cual los diferencia y los hace complementarios en el plano supraestatal.

Según Dicken (2003), un “cluster” está conformado por un conjunto de características que se basan en: a) la interconexión de actividades económicas; b) el estímulo del empresariado, la innovación y la atmósfera industrial; c) la diversificación económica y del mercado laboral local; d) intensificación de las redes institucionales locales, del medio socio-cultural y de la infraestructura física (p. 24). En estudios previos hemos señalado que “la transnacionalización de diversas actividades productivas (...) se ha ido operando en Centroamérica, casi, simultáneamente, junto a un proceso de formación de “regiones transfronterizas” o territorios binacionales que integran a espacios territoriales adyacentes en varios países dentro de un sistema regular de relaciones. La frontera opera en ese espacio como la variable de diferenciación con otras zonas o territorios” (Morales, 2002). La localización de actividades transnacionalizadas dentro de esa organización económico-geográfica en estudio es favorecida por la disposición en dichos territorios de dos factores que favorecen su competitividad global frente a otras regiones: a) la mano de obra barata, organizada a través de los flujos migratorios; b) los recursos naturales que pueden ser ofertados como mercancías, por medio de la industria extractiva o del turismo (Morales, 1997). Los recursos más importantes son el agua, la vegetación, la fauna y otros recursos del subsuelo.

Una tercera condición que presenta ese espacio frente a otras regiones son los vacíos y asimetrías que se derivan de diferentes regímenes jurídicos, en términos de la normatividad económica, laboral, ambiental y social. Esos vacíos y asimetrías producen una situación de precariedad institucional y jurídica que facilita el desarrollo de actividades económicas que obtienen una renta diferenciada producto de la existencia de la frontera.

El espacio transfronterizo es parte de un sistema en el que, aparte de las actividades económicas antes descritas, se organiza una red de centros urbanos y de pequeñas ciudades. Por lo tanto, tiene importancia como la zona de articulación del espacio transfronterizo conformado por los territorios del sudeste nicaragüense y el nor-atlántico de Costa Rica. En consecuencia, la región transfronteriza se ha establecido como un complejo de sistemas que funcionan a través de corredores naturales o biológicos (cuya base es el sistema de cuencas), de corredores poblacionales y circuitos productivos y comerciales, de redes familiares, centros de servicios y actividades de subsistencia, conectados de manera creciente a circuitos de acumulación de escala transnacional, que se superponen sobre las antiguas lógicas de obtención de valor a escala nacional o local.

En concreto, el territorio binacional transfronterizo se caracteriza entonces por la convergencia en el de dos dinámicas ancladas en procesos de naturaleza transnacional:

a) las actividades económicas ligadas a la agro-exportación y el turismo; b) la migración laboral. Esas dos dinámicas corresponden a un solo proceso en el que se ponen en evidencia las manifestaciones territoriales específicas de la desigualdad social y de la exclusión como causa de la pobreza. Dicha contradicción coincide en el espacio analizado con otras dos condiciones que, a su vez, revelan la complejidad del fenómeno social de la pobreza: la fragilidad ambiental del territorio y la precariedad institucional. Dichas contradicciones estructurales, la fragilidad de los ecosistemas y las asimetrías y deficiencias del marco institucional señalan a su vez las limitaciones manifiestas de la dinámica del territorio en cuestión como espacio para la formación de un “transborder cluster” en los términos propuestos por Dicken.

Se ha señalado (Castro y Morales, 1999) que las migraciones de trabajadores nicaragüenses no es una variable aislada del proceso de transnacionalización territorial que allí ocurre, sino el elemento social más significativo de dicho proceso. Los flujos de migración laboral además tienen relevancia porque explican, por una parte, la relativamente exitosa articulación del territorio, principalmente de la parte costarricense, a la economía global. Eso se debe especialmente al hecho de que la competitividad económica del territorio ha sacado ventajas de la concentración espacial de la mano de obra barata de los trabajadores inmigrantes, en su mayoría indocumentados, y no de los incrementos en la productividad mediante mejoras tecnológicas.

También la zona cumple una función de reserva, reproducción y reemplazo de fuerza de trabajo dentro de un mercado laboral binacional y transnacionalizado (Morales, 2000; 2002 y Castro y Morales, 1999). En efecto, ese espacio es uno de los principales puntos de entrada de trabajadores inmigrantes desde Nicaragua hacia Costa Rica, y uno de los principales puentes para el tránsito de trabajadores indocumentados entre ambos países⁸

Entre ambos países se registra el movimiento transfronterizo de población más intensivo de la región centroamericana. La región norte y nor Atlántica de Costa Rica se destacan como la segunda zona de mayor concentración de población inmigrante de origen nicaragüense; la primera es la región central del país (donde se localizan las cuatro principales ciudades del país), con un 61.1 % de esos inmigrantes. En la región fronteriza con Nicaragua se concentra el 27% de esos inmigrantes. Tal concentración se explica porque dicha región funciona como el mercado laboral que más depende de la mano de obra inmigrante. Como ya hemos señalado (véase específicamente Morales, 1999): “la conformación de dinámicas sociales en la región norte de Costa Rica está siendo inducido por el influjo de fuerzas externas, que están desembocando en la estructuración de un “espacio social binacional transnacionalizado”. Las migraciones se desarrollan sobre una infraestructura productiva y un entramado sociocultural que interconectan a los territorios del Nor Atlántico costarricense con los territorios adyacentes en Nicaragua. Los procesos de formación de los territorios y sociedades que hoy conforman dicha región, han tenido en diversos momentos algún impulso inducido

⁸ Las particularidades histórico culturales y socioeconómicas de ese proceso de regionalización entre los territorios fronterizos de Nicaragua y Costa Rica, las hemos recogidos en otros trabajos previos (Véase: *Los territorios del Cuajipal: frontera y sociedad entre Nicaragua y Costa Rica*, FLACSO Costa Rica, San José, 1987, y *Las fronteras desbordadas*, Cuaderno de Ciencias Sociales No. 104, FLACSO, San José, 1997). También existe otra abundante literatura sobre el tema entre la cual resaltan los trabajos de Carlos Granados y Liliana Quesada (1986): “Los intereses geopolíticos y el desarrollo de la Zona Nor Atlántica de Costa Rica”, *Estudios Sociales Centroamericanos* (40), ene-abr.; Pascal Girot (1989): “Formación y Estructuración de una región viva: El caso de la Región Huetar Norte”, en *Geoistmo*, 3,2:17-22; Roberto Castillo (1991): *Geografía Humana y Cultural de las cuencas de los ríos Frío y Zapote*, Departamento de Geografía, Universidad de Costa Rica, San José.

o referido desde Nicaragua. Los procesos de colonización y poblamiento han sido resultado de penetraciones originadas en Nicaragua, que han establecido un entramado sociocultural que ha sedimentado formas de relación entre los pueblos separados por el borde fronterizo”.

Por su parte, los territorios nicaragüenses de Río San Juan también han experimentado desde mediados del siglo pasado distintos embates migratorios. Los primeros movimientos fueron migraciones hacia la frontera agrícola que se mantuvieron hasta inicios de la década de los ochenta cuando se generalizó la guerra; durante la guerra se produjo la reubicación de poblaciones y la inmigración disminuyó. Después de 1990, la inmigración hacia esa región retomó el ritmo anterior, como resultado de las repatriaciones que se produjeron, principalmente de refugiados desde Costa Rica, y de un nuevo auge de las migraciones internas. Efectivamente, el departamento de Río San Juan fue catalogado como el de mayor atracción de inmigrantes de acuerdo con el censo de 1995. El 62,7% de los jefes de hogar del departamento eran inmigrantes internos. En la composición de la población del municipio de San Carlos y de su cabecera urbana destaca un 73% de jefes de hogar nacidos en otro departamento de Nicaragua. Pese a haber sido afectado por la guerra, en el municipio no disminuyó la inmigración; eso se explica probablemente por el hecho de que el flujo migratorio estaba asociado a causas económicas y no políticas; además, la guerra no tuvo en esta frontera el mismo impacto que en la otra frontera de Nicaragua, con Honduras (OIM, INEC, UNFPA, 1997; Baumeister, 2003).

El movimiento de población desde otras regiones de Nicaragua hacia ese departamento y en concreto hacia el municipio de San Carlos constituye un momento de la migración interna dentro del proceso de transnacionalización y regionalización de la fuerza laboral entre Nicaragua y Costa Rica (Morales, 2002), pero también forma parte de la conformación de un nuevo polo de acumulación de capital de carácter transfronterizo (basado en la agroexportación y el turismo), y que se vincula a una red de migración laboral transfronteriza originada en Nicaragua, y que vincula a esa microregión con los mercados laborales urbanos de la región central del país, así como de otras áreas de plantación para la agroexportación en Costa Rica (Morales, 1997).

Como consecuencia de las características anteriormente señaladas, las actividades que se localizan en la región se caracterizan por su creciente dispersión y desconexión, así como por un conjunto de otras tendencias que no parecen orientadas al fortalecimiento de las economías y de los mercados de trabajo locales, ni al desarrollo de las redes institucionales y al fortalecimiento del medio socio-cultural; por el contrario, hay un conjunto de tendencias que apuntan a un incremento de las disparidades territoriales, tanto entre Costa Rica y Nicaragua como al interior de cada región, y a una persistente exclusión social, agravada por las formas de exclusión que experimentan específicamente los inmigrantes pobres.

Como hemos señalado previamente, entre las causas que explican las condiciones de ese desarrollo desigual, no sostenible y excluyente, se puede señalar que éste se ha basado en el aprovechamiento poco regulado de los recursos naturales, disponibles de forma relativamente abundante en la zona, de la mano de obra indocumentada y de los vacíos institucionales. Esas son características muy diferentes a las atribuidas a los *cluster*, por lo que quedan en evidencia las dinámicas que generan la pobreza y que explican sus expresiones territoriales en los espacios transfronterizos.

Las migraciones y las fronteras urbanas⁹

Por otra parte, se ha puesto de relieve la importancia de las ciudades como espacios de recepción de inmigrantes. Ese rol del espacio urbano se explica por el acceso tanto a mercados de trabajo más diversificados, a zonas residenciales y a infraestructura habitacional, así como a un conjunto de otros servicios que facilitan la reproducción social de los inmigrantes: servicios básicos, información y recreación. En Centroamérica ese fenómeno se visibiliza en distintas escalas urbanas: los centros metropolitanos de Ciudad de Guatemala, San José de Costa Rica, o la ciudad de Panamá,¹⁰ en ciudades intermedias, como Belice City y Belmopan en Belice, Ciudad Quesada en Costa Rica, o ciudades fronterizas como Tecún Umán en Guatemala, o Tapachula del lado mexicano. La relación entre las problemáticas de la migración y la urbana se manifiesta de maneras distintas entre los distintos tipos de centros urbanos que existen en la región; tanto en relación con su función como espacios de atracción, de empleo y residencia de los inmigrantes, como por su localización en estaciones de paso fronteriza o en centros urbanos de importancia subregional.

El Área Metropolitana en Costa Rica ha experimentado un conjunto de transformaciones durante las últimas dos décadas y, en parte, esas transformaciones coinciden temporalmente con el impacto de la inmigración sobre mercados de trabajo, por una parte, y sobre las áreas residenciales pobres y las redes de servicios urbanos. Es decir, el fenómeno socio-espacial de los inmigrantes en la zona urbana metropolitana de Costa Rica se entiende como parte de las claves de la globalización y de su expresión más localizada en la transnacionalización de la fuerza de trabajo y de los mercados laborales de la región. Su impacto sobre la ciudad contrasta con otros fenómenos urbanos, también anclados en la globalización, como por ejemplo, la concentración de actividades de servicios, información, tecnologías y unidades de producción especializadas en segmentos de la zona urbana, o bien la concentración de áreas residenciales para poblaciones de altos ingresos, o la construcción de espacios públicos que operan bajo la lógica del mercado, grandes centros comerciales, centros de diversión y recreación. Esas dos dinámicas de la globalización han tenido importancias consecuentes sobre la estructura de la ciudad, en términos de una mayor segmentación urbana, el incremento de la exclusión social y de las desigualdades socio-culturales entre grupos de pobladores y una multiplicidad de problemas relacionados con la gobernabilidad de la vida de la ciudad.

Específicamente, la presencia de los inmigrantes ha venido a plantear un conjunto de situaciones concretas en cada una de esas tres dimensiones particulares: *primero*, la problemática de la segregación territorial. Esto supone la localización de los inmigrantes sobre algunas áreas de la ciudad que coinciden con las zonas de asentamiento de todos los pobres urbanos, incluyendo a la población local. *Segundo*, los problemas relacionados con el efecto de la inmigración sobre los patrones de cohesión social entre

⁹ Este apartado forma parte, con revisiones, del artículo titulado "La frontera global y la frontera interna: Inmigrantes nicaragüenses en el Gran Área Metropolitana de San José", elaborado para el proyecto de libro sobre "Gestión Metropolitana y Gobernabilidad democrática en Centroamérica", que coordina Mario Lungo, de la Universidad Centroamericana de El Salvador, dentro del Grupo de Trabajo sobre Desarrollo Urbano de CLACSO.

¹⁰ La inmigración se manifiesta de formas muy diferentes en cada uno de esos tres centros, pero en el caso de Ciudad de Panamá no se trata de inmigrantes de la región centroamericana, sino de otros que llegan desde las islas del Caribe y de América del Sur, especialmente de la vecina Colombia.

los habitantes de la ciudad, es decir los problemas relativos a la equidad. La *tercera* situación está presente en las respuestas institucionales a la problemática que plantea la inmigración en los dos ámbitos descritos anteriormente, es decir la cuestión de la gobernabilidad.

Segregación urbana y vivienda

Uno de las expresiones de la inmigración en los centros urbanos en Costa Rica ha sido su contribución a la expansión de las áreas residenciales marginales. En ese país, dicho fenómeno se conoce como la formación de barrios de *tugurios*, caracterizados por la mala calidad de la vivienda y de los servicios, y de modalidades de asentamiento *precario* de la propiedad de vivienda.

Sin ser necesariamente *precaristas*, es decir invasores de terrenos privados o públicos para ocuparlos para vivir o producir, los inmigrantes han sido un grupo cuya presencia ha estimulado la expansión del mercado inmobiliario informal. Por ese mercado se entiende a aquel en el que se desarrollan transacciones de lotes y de unidades de viviendas en los barrios de tugurios, cuyas operaciones no se pueden registrar legalmente ante las instituciones que correspondan por la ausencia de títulos de propiedad. No obstante, éste tampoco es el único grupo de población que habita en los asentamientos en precario; tales asentamientos deben su existencia a la presencia de un importante porcentaje de familias encabezadas por costarricenses. Aún así, la demanda de viviendas para población pobre se expandió en Costa Rica precisamente por la fuerza de atracción de las ciudades sobre los inmigrantes nicaragüenses, sobre cualquier otro grupo de inmigrantes; y por otra parte, esa presencia ha sido determinante en el desarrollo de los nuevos asentamientos informales.

Este fenómeno que se analiza en Costa Rica también coincide con patrones similares de asentamiento de los inmigrantes en otros centros urbanos, tanto de fuera como de la misma región. Como consecuencia de ello, se puede señalar que esa función de los centros urbanos como espacios de recepción de inmigrantes se opera precisamente por el papel de la ciudad como mercado laboral, como proveedora de áreas residenciales y como centro para el abastecimiento de servicios. Sin embargo, está muy claro que frente a esos procesos de metropolitanización de las migraciones, las ciudades y sus centros de decisión no generan dinámicas que incorporen a estos nuevos actores urbanos como ciudadanos con iguales recursos, oportunidades y derechos que el resto de la población.

En las áreas tradicionalmente ocupadas por familias urbanas pobres en Costa Rica, la presencia de los inmigrantes ha crecido de forma notable desde mediados de los años noventa. El porcentaje en relación con la población total de dichas áreas supera los promedios nacionales, con valores que se estiman en al menos tres veces el promedio nacional. Mientras que a escala nacional, el promedio de inmigrantes es de un 9%, en los asentamientos pobres es tres veces mayor, y en los asentamientos en precario, se calcula en alrededor de un 40%.

Sin embargo, existen algunas diferencias en la presencia de los inmigrantes entre zonas residenciales pobres, tradicionales y las nuevas. La presencia de los inmigrantes en los barrios pobres más viejos se torna parte de un paisaje marcado por el deterioro de las viviendas, el mal estado del equipamiento urbano como vías de acceso y servicios públicos, así como el nivel de pobreza del común de los conjuntos familiares. En este

escenario, se produce una especie de asimilación de los inmigrantes como parte del conjunto de pobladores pobres, con características relativamente similares en términos socio-económicos, y diferencias marcadas solamente en función de aspectos socioculturales y de origen. En la práctica los inmigrantes no son ocupantes en precario de las unidades de vivienda que ocupan, sino más bien por lo general arrendantes de vivienda. Esta situación se presenta principalmente en el centro histórico o casco urbano central de San José, es poco atrayente para el establecimiento de los inmigrantes, debido a que no existe una oferta suficiente de infraestructura para vivienda. Sin embargo, algunos barrios populares históricos están asumiendo esa función, concretamente Barrio México en el distrito de Merced, y los tradicionales barrios del sur de la capital, entre ellos Barrio Cuba. Esa misma característica se puede señalar de diversas áreas residenciales pobres en los suburbios de la ciudad de San José y de los municipios conurbanos del Área Metropolitana.

Sin embargo, el rasgo urbano más impactante de la migración sobre las áreas residenciales es el que se visualiza con la expansión de nuevos focos de ocupación para vivienda informal. Esos son los espacios donde se manifiesta más claramente la tendencia hacia la segregación de los pobres en la ciudad. Esto se produce principalmente en la periferia inmediata de los barrios antiguos y con más fuerza en la periferia de la mancha urbana metropolitana central, como los distritos de Uruca, Pavas, al oeste, y San Sebastián al sur; así como de nuevos barrios en los cantones de Desamparados, Alajuelita y Curridabat, principalmente.

Específicamente en los tres primeros distritos se concentra casi el 40% de todos los inmigrantes asentados en el Área Metropolitana de San José. La distribución varía entre un territorio y otro, pero el impacto más importante se evidencia en los nuevos asentamientos localizados al oeste y al sur de la capital. Obviamente, la mayor concentración se manifiesta en el distrito de la Uruca, donde casi el 30% de la población registrada es inmigrante. Allí se localiza una mayoría importante de nicaragüenses, en la ciudadela llamada Finca La Carpio. La parte oeste de la ciudad, donde se localizan los distritos de la Uruca y Pavas, constituyen un segmento del Área Metropolitana que se caracteriza por su heterogeneidad y fragmentación espacial: es parte de un distrito industrial y comercial, concentra áreas residenciales de población de altos ingresos, grandes barriadas de clase media y, los últimos, asentamientos informales de vivienda en proceso de expansión y hacinamiento.

Estas últimas barriadas siguen siendo espacios mixtos donde inmigrantes recientes conviven con costarricenses en pobreza, inclusive en promedio los costarricenses pobres pueden encontrarse en condiciones de mayor vulnerabilidad económica y social que los inmigrantes. Parece ser que la vulnerabilidad de los costarricenses difiere de la de los nicaragüenses, pues la situación de los segundos se explica por su exclusión jurídica de los beneficios de la asistencia estatal en vivienda –inclusive como parte de una estrategia familiar para reducir costos de reproducción–, mientras que el de los ticos corresponde a un caso de desigualdad doméstica, frente a la pobreza transnacionalizada de los nicas.

Cohesión social y equidad

La presencia de los inmigrantes en Costa Rica y, concretamente, su localización en la zona urbana plantea nuevas dinámicas y desafíos en torno a la desigualdad y la

exclusión social en Costa Rica. Esa situación se traduce en la presencia de asimetrías relativas a las oportunidades, especialmente jurídicas, financieras y socio-culturales, entre el conjunto de la población pobre para lograr el acceso a bienes y servicios, así como a las redes de protección social, que les aseguren mejores condiciones de vida y de equidad social. Entre los obstáculos que enfrenta dicha población están el empleo y la calidad del empleo, la calidad de la vivienda y el acceso a servicios sociales y a prestaciones de servicios de salud.

Entre los principales problemas que enfrentan los hogares jefeados por nicaragüenses el acceso y la calidad de la vivienda resulta ser el más impactante. En efecto, son más vulnerables en términos de las condiciones y calidad de sus viviendas, la carencia de propiedad legal de los lotes que ocupan, y se encuentran bajo una combinación entre bajos ingresos, mala calidad del empleo e inestabilidad laboral, con esas otras características relacionadas con la vivienda.

A nivel nacional e inclusive, para el conjunto de la zona urbana, los inmigrantes nicaragüenses están afectados por condiciones de vulnerabilidad y carencias en proporciones mayores que los costarricenses. Esa relación se mantiene en el análisis territorial de la pobreza y de la exclusión observada en los asentamientos pobres o tugurios. Sin embargo, en estos últimos escenarios las diferencias tienden a disminuir. A escala general, un 60,5% de los hogares con jefe nicaragüense tienen algún tipo de carencia de necesidades básicas, lo cual desciende a un 34,7% de los hogares con jefe costarricense y un 20,5% de los hogares con jefe de otro país.

Mientras la disparidad entre costarricenses e inmigrantes nicaragüenses se constata en el ámbito macro social, la dinámica de los asentamientos de tugurios del AMSJ revela una problemática mixta: los costarricenses se encuentran también en una situación de vulnerabilidad y riesgo en términos socio-económicos y habitacionales que difiere en grado, pero no cualitativamente de la situación de los nicaragüenses inmigrados. Entre los costarricenses prevalece un grupo con problemas de empleo e ingreso, que no han logrado encontrar una solución a su problemática de vivienda, y que han debido ocupar lugares para vivir en las barriadas de precarios y tugurios. Para los nicaragüenses el tugurio es la única opción de vivienda dadas sus condiciones particulares como grupo inmigrante: no tienen medios económicos, ni derechos a los subsidios estatales en vivienda, no disponen de redes con capacidad de resolver esa demanda, pero también para ellos tales soluciones son funcionales para resolver una necesidad que se percibe como temporal, y de ese modo abaratar costos y resolver otras necesidades; entre éstas la reproducción de parte de la familia que se encuentra en su país de origen. Esto no quiere decir que los nicaragüenses prefieran vivir en precario, pero es el grupo que tiene más limitaciones como un todo, económicas, legales e institucionales, inclusive culturales, para tener acceso a una solución de vivienda en Costa Rica. Para los ticos el ocupar esos espacios no parece ser el resultado de ninguna decisión racional, no es una escogencia entre opciones accesibles por igual, sino que está relacionado a limitaciones de tipo estructural que dan lugar a nuevas formas de desigualdad en el momento de inserción de la sociedad costarricense en la globalización. La imagen del gueto ha sido construida socialmente y es el resultado de la construcción del miedo, y de la asignación de atributos negativos y estigmatizantes a los inmigrantes, lo que se ha convertido en una estrategia de ocultamiento de esa otra desigualdad.

En específico la condición social que presentan los nicaragüenses, dentro de los asentamientos estudiados, es propia de diversas formas de desigualdad que padece la población pobre en Costa Rica. la pobreza es mucho más alta que la pobreza promedio en el país pues afecta al 35% de los hogares, y la pobreza extrema a una cuarta parte de lo hogares; el desempleo está entre los extremos más altos, por encima del desempleo urbano en el país. Es población con bajos niveles de alfabetización en hogares con una alta dependencia demográfica y con una serie de factores de riesgo, como la gran cantidad mujeres solas jefes de hogar, jóvenes sin acceso a la educación, formación de pandillas juveniles y crecimiento de la inseguridad ciudadana.

Mujeres y grupos de migrantes bajo vulnerabilidad y pobreza.

En el análisis de las cadenas migratorias, las mujeres se ubican en todos o casi todos los eslabones del proceso, como emigrantes, como receptoras y administradoras de remesas, como albañiles en la construcción de redes y apertura de frentes de migración para nuevas generaciones, y como agentes en los niveles de intermediación y redes de servicios que se articulan en esa dinámica.

Dicha participación no invisibiliza a sus pares varones, pero induce a considerar una especificidad y un corte cualitativamente distinto al tipo de migración que se daba décadas atrás, en la que destacaba fundamentalmente la participación de los varones como braceros estacionales en las actividades agrícolas, ya fuera entre los países de la región o fuera de ella.

Resulta importante destacar dicho protagonismo de las mujeres en contraste con las desventajas y los costos que representa la migración para ellas. De por si la migración se inserta en una dinámica de desigualdad social. El inmigrante padece por partida doble la desigualdad, en su condición de trabajador y en su condición de inmigrante. Las desigualdades más comúnmente reconocidas son aquellas relacionadas con las condiciones de trabajo y salariales, inferiores a las de los trabajadores locales. Sin embargo, las causas de la desigualdad no puede ser atribuibles a las condiciones de las cuales disfrutaban los segundos, sino al funcionamiento del sistema de producción que echa mano del recurso de una fuerza de trabajo supernumeraria extranjera dispuesta a trabajar por cualquier paga, y con ello deteriora las condiciones de trabajo del conjunto de los trabajadores, no solo de los inmigrantes.

Se añaden a dicha desigualdad de corte socio-jurídico, las formas de exclusión. La mayoría de la población que emigra lo hace por lo general de manera irregular, aunque lo irregular se haya vuelto cada vez en la norma, pero en todo caso significa simplemente que la mayoría de los emigrantes inicia y desarrolla el viaje son los documentos migratorios necesarios para contar con las autorizaciones de entrada y salida de un país, sea tanto el suyo como otro diferente al propio. Esta situación incide en que como grupo se hacen vulnerables frente a los diversos agentes que intervienen como intermediadores del proceso migratorio: agentes relacionados con las redes de trata de personas y ciertas formas de abuso del coyotaje, agentes policiales que irrespetan y maltratan a los inmigrantes como parte de las nuevas políticas de seguridad, comerciantes, transportistas y redes de criminalidad organizada que han identificado a los inmigrantes como uno de los principales objetos de sus acciones.

En ese mismo contexto, el inmigrante es también objeto de diversas formas de rechazo principalmente en las sociedades receptoras, pero también en las suyas propias. En los países receptores se han incrementado las reacciones xenofóbicas que se manifiestan bajo expresiones de maltrato verbal, psicológico, cultural, e inclusive físico por parte de grupos locales intolerantes. Pero esas expresiones que en un principio fueron informales, se han ido traduciendo en medidas institucionales que comienzan a negarles a los inmigrantes el acceso a servicios sociales, protección laboral y al derecho a gozar de condiciones de vida dignas en los territorios en los cuales se asientan.

En consecuencia, uno de los impactos más fuertes que experimentan los sujetos inmigrados es el desarraigo. Este no es el mismo que el sufrido por los millares de centroamericanos que huyeron de sus comunidades y de sus países para salvar su vida y la del resto de su familia. Pero se parece a aquel en que ha adquirido los rasgos de una fuga de población que escapan de comunidades y de sociedades que han sido empobrecidas y fragilizadas por los procesos de ajuste estructural, por las privatizaciones y el impacto del capitalismo salvaje. La consecuencia más clara ha sido la pérdida de un lugar propio. El lugar del inmigrante no es el de la sociedad receptora que no se parece en nada a la tierra prometida de oportunidades, donde las carencias materiales, psicológicas y emocionales se multiplican. Tampoco es su comunidad de origen, pues aunque se añora como el edén ya no constituye el referente territorial para la cotidianidad y para la acción; por lo tanto la tierra natal despierta en el migrante una relación nostálgica que se resuelve aferrándose a un conjunto de símbolos que satisfacen sus ansiedades edípicas.

Las situaciones anteriormente descritas se intensifican cuando dejamos de hablar del migrante como una abstracción y lo pensamos como un sujeto de cuerpo y alma. Las migraciones están evidenciándose como una de las fuentes de contradicción, exclusión y de conflicto en la región. Estas se originan en las nuevas divisiones y exclusiones que se dan en los mercados de trabajo, tanto las de tipo social como las relacionadas con el género, la edad y la condición étnica.

Así es como se explica que tal vulnerabilidad adquiera connotaciones especiales, cuando quienes la padecen son grupos específicos expuestos a condiciones migratorias y laborales de mayor riesgo. Específicamente, la situación de las mujeres, de los niños y de la población indígena se revela como la que está más expuesta a condiciones de vulnerabilidad, de ausencia de derechos y de mecanismos de protección. No puede pensarse que ante la elevada participación de las mujeres en las migraciones en Centroamérica y México, tanto en sus niveles extra-regionales como transfronterizos, que la problemática de las mujeres siga soslayándose tanto en los análisis como en la búsqueda de soluciones a su problemática.

La mayor vulnerabilidad de las mujeres está en estrecha relación con el tipo de trabajos que desempeñan, entre ellos los relacionados con el servicio doméstico y otros oficios en las ramas de los servicios personales, sociales y del sector comercio. Dentro de tales oficios se sabe que las mujeres desarrollan tareas o enfrentan amenazas que las ponen en situación de riesgo de alto riesgo para su integridad física, sanitaria y emocional. De igual manera se pueden documentar situaciones de sobre-explotación de las mujeres en actividades agrícolas y en el sector informal, especialmente porque sus condiciones por lo general son inferiores a las que disfrutaban los varones. Pero las mujeres experimentan las formas de exclusión por partida doble o triple, como trabajadoras, como mujeres y

como madres o personas que al ingresar al circuito migratorio, asumen una carga mayor de responsabilidades que sus pares varones.

Otras manifestaciones de vulnerabilidad aparecen cuando la condición de trabajador migrante coincide además con los perfiles de la población indígena, así como de la población infantil, tanto de niñas y niños, como de los adolescentes, arrastrados por las cadenas de la migración, la pobreza y la falta de protección. Los indígenas no son ningún grupo marginal dentro de la estructura de poblaciones involucradas en las migraciones. A pesar de lo poco que se ha estudiado la participación de los indígenas dentro de los procesos migratorios en la región, puede advertirse que casi todas por no decir todas las poblaciones indígenas en la región giran de una manera u otra en torno a la migración. Comunidades indígenas en Guatemala, Honduras y Nicaragua, guardando las diferencias entre cada caso, se han articulado de manera creciente a la migración transnacional. Mientras que en toda la región, la población indígena participa de manera creciente de los mercados de trabajo de manera temporal y estacional en las actividades de cosecha. Como ha podido documentarse (Morales, 2003), esta es una fuerza laboral que se incorpora a los mercados de trabajo como migrantes internos, en condiciones mucho más adversas que el resto de trabajadores locales e inclusive de los otros inmigrantes transfronterizos. Precisamente los trabajadores indígenas, ubicados dentro de los flujos transfronterizos de fuerza de trabajo, como acontece en las fronteras de Guatemala y México, Guatemala y Belice, o entre Panamá y Costa Rica, son víctimas de una mayor explotación laboral y de una diversidad de formas de exclusión y desprotección, aguda sobre todo en el caso de las mujeres y de los niños, niñas y adolescentes.

También es importante subrayar que uno de los nuevos ámbitos de vulnerabilidad social es aquel que involucra a sujetos que no participan directamente de la migración, pero que experimentan sus consecuencias. En especial hablamos de los miembros más vulnerables de las familias migrantes. Con ello queda claramente evidenciado que los costos de la migración no son solo económicos, y que los beneficios económicos, cuando existen, no compensan necesariamente otros costos no materiales derivados de los traumas producidos por esta dinámica. Estos se experimentan en niñas y niños, adolescentes y jóvenes, sobre todos los emocionalmente dependientes de la protección de la madre. Todo esto ha significado una recarga desigual de responsabilidades dentro de las familias, y que son las mujeres quienes llevan la mayor parte de esa recarga: niñas mayores al cuidado de niños pequeños, abuelas cuidando nietos, hijos de varias hijas, y varones y mujeres adolescentes carentes de reconocimiento dentro del hogar que se vuelven pensos al pandillaje e inclusive la prostitución.

Otro aspecto a considerar es el funcionamiento de los marcos institucionales en la defensa de los derechos de las mujeres, y en particular la estructura de protección a las personas migrantes y en especial de las mujeres. El balance resultante nos hace pensar en la precariedad institucional. En la práctica los vacíos jurídicos, la falta de instituciones y de decisiones adecuadas en materia migratoria, así como la falta de voluntad de las autoridades gubernamentales, propician una atmósfera de desprotección, de incertidumbre y de una ampliación cada vez más intolerable de las desigualdades. Las legislaciones migratorias, cada vez más parecidas a las viejas doctrinas de la seguridad, y el funcionar de las instituciones estatales en este campo, colocan a esta región bastante lejos del objetivo de un mejor estado de derecho y de la consolidación de un sistema verdaderamente de justicia. El trasfondo ideológico de esa precariedad

jurídica está en la definición de la migración como un fenómeno dependiente de la lógica de la ganancia y no de criterios migratorios, o de equidad o de respeto a los derechos de las personas.

Pobreza, desigualdad y nuevas carencias estructurales

En el caso de la migración, la pérdida de un territorio social y cultural, es decir el rompimiento de lazos afectivos con un espacio de identidad, aunque solo sea pretendidamente temporal, y la pérdida de referentes emotivos, incrementa el riesgo de pobreza en una dimensión diferente, no sujeta a la contabilidad de activos económicos y de ingreso, como los medidores convencionales de la pobreza nos han enseñado a entenderla.

Esa discusión obliga a repensar las respuestas frente a la pobreza en escenarios donde la emigración se ha constituido en la principal dinámica desde lo local, no solo en la esfera económica, sino también desde las interacciones culturales más diversas que tienen lugar en esas localidades. Las políticas podrían ser más efectivas si las estrategias dentro de las cuales se inscriben no se ocupan exclusivamente de la movilización o transferencia de recursos físicos. Por lo antes señalado, cada vez es más pertinente intervenir mediante estrategias dirigidas a atender también otras carencias que son factores de peso de carácter subjetivo y afectivo, y que tienen expresiones muy particulares en la condición de pobreza. Dicha complejidad ilustra también que la universalización de las políticas en esta materia, se ven afectadas por la invisibilización de las particularidades y necesidades que se manifiestan de manera distinta entre conjuntos e individuos específicos.

El discurso dominante sobre la pobreza, en gran parte, está construido sobre un argumento cultural que privilegia su medición a partir de escalas de acceso a una masa de bienes y de servicios para satisfacer un conjunto de necesidades condicionadas por un marco de referencia social y cultural dominado por el individualismo y el consumo. En el ámbito de la globalización, tanto la opulencia como la pobreza, no se restringen únicamente a su expresión económica. La separación entre ambos fenómenos está marcada por las posibilidades de acceso a las formas de vida del consumismo hedonista, convertido hoy en día en el rasgo predominante de la cultura de mercado. La pobreza y la miseria son definidos en relación con la restricción que padecen los pobres frente a aquellos bienes y servicios; pero las formas de exclusión están constituidas por la imposición de nuevas fronteras de separación cultural entre los que tienen posibilidades de entrar a la esfera del consumo y quienes permanecen debajo de la misma.

Otras formas de exclusión relacionadas con la condición étnica, o de género manifestada en la feminización de la pobreza, junto con el origen y la condición de inmigrantes e indocumentados y, en general, todas aquellas maneras posibles de permanecer apartados de la ciudadanía formal y social, son a su vez formas específicas de privación social y socio-afectiva, equivalentes a las necesidades culturalmente no satisfechas. Los sujetos que presentan las anteriores condiciones son más vulnerables frente a las demás privaciones que, de acuerdo con las acepciones culturalmente aceptadas, conforman la condición de pobreza de los sujetos pobres.

Bibliografía

- Castillo, M.A, y Silvia Irene Palma (1996), *Emigración Internacional en Centroamérica: una revisión de tendencias e impactos*, Debate 35, Ciudad de Guatemala: FLACSO.
- Castles, Stephen (1993), “La era inmigratoria. Cultura, incertidumbre y racismo”, en *Nueva Sociedad*, 127: setiembre-octubre, 1993.
- Castro, Carlos y Abelardo Morales (1999): *Inmigración laboral nicaragüense en Costa Rica*. FLACSO – Fundación F. Ebert. San José.
- (2002): *Redes Transfronterizas: Sociedad, Empleo y Migración entre Costa Rica y Nicaragua*. FLACSO. San José.
- Castro, Carlos (2003): *Migración nicaragüense en Costa Rica: población, empleo y necesidades básicas insatisfechas*. Informe de Investigación. FLACSO. San José.
- CSUCA (1978), *Estructura Demográfica y Migraciones Internas en Centroamérica*, EDUCA, San José.
- Chambers, Ian (1994): *Migrancy, culture, identity*, London: Routledge.
- Dicken, Peter (2003): *Globalization Shift. Reshaping the Global Economy Map in the 21st Century*. The Guilford Press. London.
- Duchacek, Ivo (1986), *The Territorial Dimension of Politics, within, between and across boundaries*, Westview, Boulder Co.
- Fábregas P., Andrés (1990), “Teoría y Práctica del Concepto de Frontera: El caso de México”, en Alfredo Buenrostro (Edit.), *Fronteras en Iberoamérica ayer y hoy. Memorias del Congreso Internacional*, Tomo I, Universidad Autónoma de Baja California, Tijuana.
- Ferrer, Christian (1993), “Los intrusos. Frontera y cicatriz”, en *Nueva Sociedad*, 127: setiembre-octubre, 1993.
- Lungo, Mario; et.al. (1996): *Migración internacional y desarrollo local en El Salvador*. San Salvador: Fundación nacional para el Desarrollo (FUNDE), avances No. 8, mayo.
- Méndez, Floribel; Trejos, Juan Diego (2002). “Costa Rica: un mapa de carencias críticas para el año 2000”. Ponencia al Simposio Costa Rica a la luz del Censo del 2000, San José, Costa Rica, 5 y 6 de agosto 2002, Edificio CENAT:” Franklin Chang Díaz, Pavas (versión digital en www.inec.go.cr)
- Morales, Abelardo (2003): *Situación de los trabajadores migrantes en América Central*. Estudios sobre Migraciones Internacionales. No. 53. Programa de Migraciones Internacionales. Oficina Internacional del Trabajo. Ginebra.
- (1997a): *Los territorios del Cuajipal. Frontera y Sociedad entre Nicaragua y Costa Rica*, FLACSO Costa Rica, San José.
- , comp. (1997b): *Las fronteras desbordadas*, Cuaderno de Ciencias Sociales, No. 104, FLACSO Costa Rica, San José.
- _____ (2004^a): *La formación de redes de activos sociales en las estrategias frente a la pobreza. El caso de León Norte de Nicaragua*. Informe presentado como parte del programa de Becas CLACSO/CROP de estudios sobre pobreza en América Central y El Caribe. Informe Final. Julio, 2004.

----- (2004b): *Dinámica actual y contexto de las migraciones en América Central*. Documento de Discusión elaborado para el Grupo de Trabajo sobre Migraciones y Derechos Humanos, del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Departamento de Entidades de la Sociedad Civil reunido en San José del 9 al 11 de agosto de 2004.

----- (2004c): *La frontera global y la frontera urbana. Inmigrantes nicaragüenses en el Gran Área Metropolitana de San José*. Borrador preparado para el libro "Gestión Metropolitana y Gobernabilidad democrática en Centroamérica", dentro del Grupo de Trabajo sobre Desarrollo Urbano de CLACSO.

Morales, Abelardo y Martha I. Cranshaw (1997), *Regionalismo emergente: Redes de la sociedad civil e integración en Centroamérica*, Ibis Dinamarca/FLACSO Costa Rica, San José.

Morales, A. y Mariam Pérez (2004): *Los inmigrantes nicaragüenses en los asentamientos en precario del Área Metropolitana de San José*. Fundación Promotora de Vivienda. San José. Borrador Final.

Pérez Sáinz, Juan Pablo and Andrade-Eekhoff, Katharine (2003) *Communities in Globalization, the Invisible Mayan Nahual*, Lanham, Rowman and Littlefield.

Portes, Alejandro; Luis Guarnizo and Patricia Landolt (2003) *La globalización desde abajo: Transnacionalismo inmigrante y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO – México.

Robinson, William (2003) *Transnational conflicts. Central America, Social Change and Globalization*. Verso. Londres.

Todd, Emmanuel. *El destino de los inmigrantes. Asimilación y segregación en las democracias occidentales*. Barcelona: Tusquets Editores, 1ª edición junio 1996.

Smith, Michael Peter and Guarnizo, Luis Eduardo (1998) *Theorizing Transnationalism. Transnationalism from below*. Transactor Publisher. New Brunswick.